

HOMENAJE A LUIS JAIME CISNEROS

Nos recuerda un antiguo precepto que siempre hemos de evitar los lugares comunes, pues en sus palabras gastadas difícilmente cabe la originalidad del sentimiento y la razón. Y sin embargo, no es menos cierto que en muchas de las rancias distinciones que ofrecen los viejos tópicos se encierran verdades permanentes. Ello adquiere hoy claridad al celebrar los cincuenta años de docencia de Luis Jaime Cisneros, de quien es inevitable decir que, más que un profesor de excepción, ha sido y sigue siendo para nosotros un verdadero maestro. Quienes me han precedido en esta ceremonia comparten conmigo la experiencia de haber sido sus discípulos. Sus testimonios, que remiten a momentos tan diversos, están sin embargo unidos por un fondo común: para hablar de Cisneros no basta reseñar sus

extraordinarias cualidades como transmisor ideas, es necesario hablar del hombre que cultiva la sensibilidad y los afectos, que es capaz de introducir a su novel oyente en el magnífico universo de sus libros y de sus reflexiones, no con el fin de buscar ser imitado en burda copia, sino con el de ayudarlo a configurar una personalidad original y auténtica.

Maestro, pues, ha sido de varias generaciones porque les ha alcanzado esta enseñanza dadivosa que desprecia la rigidez de las hormas y los moldes y que prefiere la formación de espíritus distintos, dotados de voces y sentimientos personales. Y es que, al fin y al cabo, hombre esencialmente de cultura, él ama las infinitas puertas que abre la libertad, porque percibe su inacabable riqueza, porque entiende bien que de ella se alimentan los más elevados despliegues de la inteligencia.

Pero ¿cuál es el secreto de tan largo e incansable magisterio? Quizá ese don que le permite comunicarse con sus alumnos y contagiar, de modo intenso, su pasión por la palabra. Su cautivante lectura del Quijote nos traslada, una y otra vez en imágenes vivas, a las fabulosas aventuras del último de los caballeros andantes. Los versos de Góngora, Quevedo, o Garcilaso adquieren en su voz exacta un esplendor nuevo y un sentido inesperado. Y en sus siempre agudas lecciones de lingüística, descubrimos ese maravilloso orden y esa extraña poesía que se oculta en el hablar cotidiano.

De pocas personas podría decirse que se muestra con el mismo ingenio en las aulas como fuera de ellas. Si me pidieran precisar en pocas líneas la imagen que ayer y hoy mostraba Cisneros en las clases como en

las tertulias, diría que a él lo define la agudeza, pues agudo es su perfil, como agudas son su inteligencia y su palabra y como agudo es su conspicuo humor que en complicidad con el oyente despierta sutiles ironías.

Cisneros es pues, mucho mas que un eficiente y puntual catedrático. Antes que nada, encarna a su modo el espíritu de la casa y a ella se ha entregado de modo inteligente, constructivo y solidario. Su distinguida manera de hacer docencia, su contacto permanente y amical con sus alumnos, sus vínculos de compromiso con la institución, su lealtad hacia los colegas, nunca tuvieron como condicionantes las merecidísimas recompensas materiales con las que la Universidad hubiera querido retribuirlo. Se trata de un hombre de principios que, encarnando nobles valores, no fue por ello un soñador inconsciente de las dificultades propias que acompañan la labor del

académico en nuestro país, ni que se encuentre pronto a renegar de su Universidad, ahogándose en estériles lamentos, por las dificultades que la asechan y a las cuales, todos unidos, aportando soluciones, debemos enfrentar con terquedad e ingenio.

Estimado doctor Luis Jaime Cisneros:

Como rector de la Comunidad, le extiendo en nombre de ella su cariñoso saludo por estos cincuenta años de siempre vigorosa dedicación y le hago entrega de este presente que desea manifestar nuestro más profundo aprecio.

SALOMÓN LERNER FEBRES

RECTOR

11/09/1998